

dolos para siempre exceptuados de los tributos é impuestos que se pagaban en las fronteras de la provincia (1).

En 1161, como la cautividad del príncipe de Antioquía había esparcido la alarma en todo el país, Balduino salió á campaña, y pasó todo el verano restableciendo algunas plazas importantes. A fines de esta campaña, queriendo tomar, segun su costumbre, algunos remedios purgativos, tuvo la imprudencia de ponerse en manos de un médico árabe, que le propinó un veneno lento que le hizo languidecer durante todo el invierno, muriendo por fin á principios de 1162, á la edad de 33 años, después de haber reinado 20, llenos de gloriosas hazañas.

La consternacion y el dolor fueron generales en toda la Palestina. Asimismo entre los infieles fué sentida su muerte; en prueba de ello citaremos que los ministros y generales de Noradino aconsejaron á este príncipe penetrarse en la Palestina, mientras se hallaria ocupada en rendir los últimos obsequios á dicho rey, á lo que contestó Noradino: «No permita Dios que me prevalga de la desgracia de los cristianos; después de la muerte de un héroe como era Balduino, harto merecía que se permitiese á sus súbditos entregarse tranquilamente á su justo dolor.»

En efecto, habia sido el príncipe más grande de Oriente; y tanto él como Noradino eran entonces en Asia los únicos dignos de reinar; el cetro pasó á manos de Amauri, hermano de Balduino, porque no habia dejado sucesion.

Como Balduino habia muerto sin hijos, segun la costumbre establecida en el reino, después de la muerte de Godofredo de Bullon, el sucesor á la corona era su hermano Amauri. Sin embargo algunos señores, más llenos de ambicion que de virtudes, codiciaban la corona, fundándose en el ejemplo del mismo Godofredo, que fué elegido rey por parte de los cruzados, y que por lo tanto la corona era electiva y no hereditaria; y además que si los sucesores de aquel la habian heredado, habia sido menos por los derechos de su nacimiento, que por el sentimiento de estima y reconocimiento de su valor y servicios importantes prestados al estado, concluyendo por fin que la corona de Jerusalem debia ser el precio y la recompensa del mérito y valor personal. No obstante la mayoría de los grandes, el clero y el pueblo se declararon abiertamente por el joven príncipe, que, á pesar de ser de un ánimo atrevido, emprendedor, y de un genio no comun, tenia el defecto de ser fiero, avaro y presuntuoso; mucho era de temer que con tal divergencia se tuviera que apelar y resolverlo

(1) *Diplomatum Belgicorum nova Collectio, sive supplementum ad opera diplomatice Aub. Mirrei*, tom. 3, pág. 31.

por la fuerza; pero la discrecion, el tacto y la prudencia de los Grandes Maestres, cuya influencia era de gran peso, conjuraron el peligro, y en una junta que con este objeto se tuvo, dirigiéndose á todos, les digeron: «Esta division de pareceres abrirá la puerta del reino á nuestros mortales enemigos, sarracenos y turcomanes, y esta corona que rehusais colocar sobre la cabeza de Amauri, pasará infaliblemente á la de Noradino ó del califa de Egipto. Jerusalem, la santa ciudad de Jerusalem será su capital, y si esta desgracia acontece ¿qué será de vosotros? seréis esclavos de los infieles y el desprecio de los cristianos, mirándoos todo el mundo como pérfidos y otros Judas, los cuales habreis entregado segunda vez al Salvador del mundo en manos de sus enemigos.» Estos apóstrofes causaron grande efecto en la asamblea, calmaron el huracan, y después de algunas negociaciones, se resolvió presentarse al príncipe Amauri y rendirle homenaje, y el 18 de febrero de 1162 fué coronado en la iglesia del Santo Sepulcro, prestándole todos los grandes del reino el solemne juramento de fidelidad.

Amauri era un príncipe joven de 27 años, de un carácter completamente diferente de su hermano. Sus pocas buenas cualidades las borraban sus grandes defectos; avaro, de un humor sombrío, poco afable, mucho menos prudente que Balduino, y entregado á ese género de voluptuosidad que se llama el vicio de los grandes. Así habla Guillermo de Tiro, que escribió su historia por su encargo (1).

El nuevo rey, viendo los asuntos en mal estado procuró el medio ordinario de restablecerlos, acudiendo al recurso de los occidentales; y de acuerdo con el Gran Maestre del Temple, se escribió al rey de Francia. Amauri deputó al obispo de Mamistra en Cilicia, y Blancafort nombró á dos ó tres de sus más distinguidos caballeros, uno de los cuales era Fray Heustercane, amigo particular de Luis VII, antiguamente al servicio de dicho rey de Francia.

Partió la comision antedicha para la corte de Francia. La carta del Gran Maestre recordaba á Luis VII su primer celo por el honor de los Santos Lugares, pintaba el país de Antioquía abierto por todos lados al enemigo, la mayor parte de las plazas arruinadas por los temblores de tierra, y la insolencia de los musulmanes, por razon de la cautividad de Renaldo de Chatillon, de dia en dia más atrevida; «pero la pérdida irreparable para nosotros, añadía Blancafort, ha sido la muerte del rey Balduino, de este joven y valeroso príncipe, que empleó todos los momentos de su reinado en oponerse como un muro de bronce á los enemigos de la fe y de la verdad (2).»

(1) *Guill. de Tiro. lib. 19, pág. 857.*

(2) *Hist. de los Francos, tom. 4, pág. 692 y 693.*



Apenas Amauri fué reconocido y coronado rey de Jerusalem, y recibido el homenaje de fidelidad de los caballeros y barones, reunió todas las fuerzas en union de las Órdenes, para hacerse pagar el tributo anual que los egipcios se habian obligado á satisfacer á su hermano Balduino, y que se negaban á cumplir segun lo estipulado. Este tributo era debido á la bravura de los Templarios de Gaza, los cuales por estar próximos á la frontera, hacian sus correrías por el territorio enemigo, causando grande alarma y no menor perjuicio, por cuya razon, á fin de librarse de dichas correrías, el califa Alfeis ofreció pagar un tributo al rey de Jerusalem; pero habiendo sucedido al califato el sultan Adhed, éste se negó á pagarlo, y para romper con estrépito este tratado vergonzoso para la nacion musulmana, como así lo decia el califa, puesto á la cabeza de un respetable cuerpo de tropas, invadió y devastó cuanto pudo las fronteras de Judea. Amauri impaciente para vengarse de la infraccion del tratado, por el mes de setiembre de 1163 avanzó á marchas forzadas para hacer pagar caro el atrevimiento del enemigo. En efecto se dió la batalla, haciendo los Templarios y Hospitalarios una carnicería en los egipcios. El botin que se recogió fué inmenso. Los escuadrones templarios llevaron el terror á los enemigos, y el rey aprovechándose de esta victoria, se entró por las provincias enemigas, esparciendo el espanto por donde pasaba. El sultan, para oponerse á la marcha victoriosa del ejército cristiano, acudió á un remedio tal vez más peligroso que el mal que queria evitar, y fué mandar en su desesperacion romper los diques del Nilo é inundar el país, creyendo que con esto se libraria de los cristianos pero se le presentó un enemigo más temible que el rey de Jerusalem.

Dargam, visir del Cairo, que habia usurpado el poder á Schaour, creia gozar de su poder ilegítimo con toda tranquilidad; pero su rival no omitió medio para recobrar su dignidad, y á este efecto, hallándose refugiado Schaour en Alepo, suplicó á Noradino su apoyo y socorro contra el usurpador, prometiendo á este último que si le ayudaba para su restablecimiento en el califato de Egipto, se constituiria en su vasallo, dándole la tercera parte de las contribuciones. Noradino, que era tan hábil político como gran capitan, vislumbró un porvenir halagüeño, y por medio de las divisiones intestinas de las tribus, se convenció de que sin tardar seria el único dueño y señor del Egipto. En su consecuencia admitió el ofrecimiento de Schaour, y firmado su correspondiente tratado, Siracon general de la confianza de Noradino se puso al servicio de Schaour con un ejército respetable. Dargam, al tener conocimiento de la alianza de Schaour con Noradino no hallándose con fuerzas suficientes para oponerse ni á los cristianos de la Palestina que le estaban atacando, ni á los turcomanes de la Siria, pidió al rey de Jerusalem firmar un tratado de paz y alianza: se accedió á ello, pero con la condicion de pagar, además del tributo, los

gastos de armamento que habia ocasionado. Dargam se sujetó á todo. En virtud de este acuerdo, el rey de Jerusalem con su ejército avanzó con precipitacion para ayudar á su nuevo aliado, enemigo de la vispera; sin embargo antes de llegar, Dargam tuvo la imprudencia de presentar batalla en la cual fué vencido y muerto. Con esta victoria Schaour se apoderó del Cairo, y restablecido en su antigua dignidad despidió duramente é Siracon, y se negó á pagar á Noradino lo que solemnemente le habia prometido; lo que motivó otra guerra. Siracon recibió orden de Noradino de que vengase la ingratitud del egipcio; y en efecto se puso en marcha el ejército y se apoderó de Pelusa y Alejandria. Schaour al verse en este apuro acudió al rey de Jerusalem, pidiendo su auxilio, y prometiendo aumentar el tributo que le habia negado, y de momento envió sumas considerables en dinero. Recibido éste, el tratado fué firmado, y para su ratificacion fué enviado Hugo de Cesarea, uno de los más ilustres caballeros.

En virtud del tratado, Amauri acudió en socorro del sultan del Cairo; fué derrotado Siracon y perseguido hasta Bilbeis ó Pelusa, en donde se habia retirado despues de la derrota; y como luego se le sitió en ella, al cabo de tres meses tuvo que rendirse, lo cual se debió á los esfuerzos del rey y de las Órdenes militares (1).

Durante los tres meses que duró el sitio, Noradino, aprovechándose de la ausencia de los cristianos, entró en sus tierras, y se quedó en el condado de Trípoli, y sus soldados se entregaron á la algazara y divertimento, sin disciplina alguna, como si no debieran temer nada. Algunos señores y caballeros, al tener noticia de esto, juzgaron la ocasion propicia para dar un golpe de mano, para cuyo objeto sacaron todas las fuerzas posibles de las guarniciones vecinas, y durante la noche entraron en el campamento de Noradino. La derrota fué completa, haciendo prisioneros á un gran número de musulmanes, y los restos quedaron sobre el campo de batalla. El mismo sultan se escapó sin armas y medio desnudo. Los principales héroes de esta operacion fueron un inglés llamado Roberto Menfel, Fr. Gilberto de Laci, preceptor del Temple en el condado de Trípoli, calificado en la historia de personaje ilustre en el arte de la guerra (2).

Noradino, avergonzado de la afrenta que habia experimentado, nada olvidó para vengarse; sin perder tiempo reunió el ejército que le fué posible; parte con dinero y parte con súplicas, obtuvo de sus vecinos los árabes poner un ejército respetable en pié de guerra. Con este ejército Noradino hizo sentir á los cristianos todo el peso de su venganza, y al

(1) Hist. gen. de los Hunos, tom. 2, lib. 13. — Hist. gen. de Jerusalem, lib. 4, cap. 3.

(2) Guill. de Tiro, lib. 19, cap. 8.



propio tiempo la imprudencia que habian cometido de desguarnecer sus pequeños estados para llevar la guerra á Egipto, como veremos luego. Embistió el castillo de Harem, y se hubiera apoderado de él, si Toros, príncipe de Armenia, Raimundo conde de Trípoli y el nuevo príncipe de Antioquía, Bohemundo III, con los Templarios, no hubiesen acudido para hacerle levantar el sitio. A su aproximacion Noradino se retiró hácia Artesia, más los cristianos no consideraron sino su valor, atacaron el ala derecha del sultan, y ésta aparentó tomar la fuga, y mientras se la perseguía el resto de los musulmanes acometió sable en mano sobre ellos é hizo un espantable destrozo (1).

Los asalariados del Temple, lo mismo que sus turcópoles ó caballos ligeros, fueron completamente derrotados en esta accion, y de sesenta caballeros que los mandaban solamente pudieron escaparse siete. La accion fué desesperada: 10,000 cristianos quedaron en el campo, y el número de prisioneros fué aún mayor. Raimundo, Bhoemundo, Joselin, Hugo de Lusiñan fueron conducidos cautivos á Alepo.

Noradino, que sabia aprovecharse de la victoria, volvió á Harem que le abrió las puertas. Estos dos acontecimientos que Guillermo de Tiro coloca el uno en 1165 y el otro en 1167, son del segundo año del reinado de Amauri, y por consiguiente de 1164.

Se ha creido sin fundamento que el Gran Maestre del Temple Blancafort se halló en esta jornada de Harem (2), y no es verdad, pues se encontraba con Amauri en Egipto con la mayor parte de los Templarios (3). Entonces se hallaban ocupados uno y otro en adelantar el sitio de Pelusa, cuando se recibió la noticia de este desastre, motivando un tratado de paz con el visir para poder llevar socorro á Paneas, sitiada por el musulman; pero á pesar de toda su diligencia, no pudieron impedir que Noradino tuviera el tiempo necesario para minar los muros de dicha plaza y hacerse dueño de la misma.

Por otro lado, Siracon penetró en el territorio de Sidon y se apoderó de un castillo muy fuerte que los historiadores llaman Cavea de Tiro, y se pretende que fué entregada la plaza por traición de los soldados que se pasaron á los infieles. Despues de haber devastado las cercanías de dicha plaza, Siracon tomó otra fortaleza, la cual era como una especie de caverna situada á la otra parte del Jordan. Los caballeros del Temple la guardaban. Amauri, que llegó tarde para socorrerla, acusó á los Templarios de cobardía; y se vengó, haciendo ahorcar á doce de ellos, segun se dice,

(1) Guill. de Tiro; cap. 9; Hist del Saladino, lib. 1.

(2) Gloss. verbo Templarii.

(3) Hist. de los Francos, tom. 4, pág. 697.

en cierto punto del campamento. Si es verdad el hecho, no hallamos en ninguna parte que el Gran Maestre Blancafort, por duro que fuese ese golpe de Autoridad, se quejase ni hiciera reclamacion alguna; más parece lo contrario, por cuanto los caballeros volvieron bien por mal al rey, librándole de un peligro inminente en que se halló expuesto. Amauri un dia se encontraba á caballo en una hondonada muy cerca del enemigo, que se apercibió de ello, cuando quince Templarios de los más resueltos junto con otros caballeros, viendo lejos el embarazo y peligro en que se hallaba el rey, se valieron de una estratagema; y fué presentarse al enemigo para llamar la atencion sobre ellos, á fin de dar lugar al rey de salir de aquella hondonada, como así se logró; y fué en esta ocasion que hizo voto, si escapaba de caer en manos del enemigo, de enviar á Clara-val aquella porcion de la verdadera cruz que llevaba pendiente del cuello; pero no cumplió su promesa sino al morir.

Un Templario llamado Fr. None Artaud se encargó en 1173 de dicho sagrado depósito y de otras reliquias para llevarlas á Clara-val, en donde se conservan. Este Templario prendado de la vida monacal de los discípulos de San Bernardo, pidió ser admitido, y fué nombrado cillerero de dicho monasterio (1).

Los caballeros del Temple que Blancafort habia enviado á Francia, estaban ya de vuelta algun tiempo hacia, sin que se presentara ningun refuerzo. Entretanto los asuntos iban cada dia de mal en peor, y se trataba de nombrar otra diputacion. Fr. Heustercane se excusó por sus enfermedades, y en su lugar fué escogido Fr. Gaultier para ser portador de las cartas del rey, del Gran Maestre y del Procurador general; Fr. Gaultier era un caballero muy respetable por sus costumbres y cualidades personales, así como por la nobleza de sus antepasados (2).

El Gran Maestre Blancafort decia al rey de Francia Luis VII: «Yo os lo envio como una persona de confianza que os es querida; él os hará ver por su larga permanencia, cuanto merece el honor de vuestra proteccion.»

Las comisiones de que estaba encargado Fr. Gaultier por parte del Gran Maestre, venian á manifestar en sustancia, que el rey Amauri, á pesar de toda su actividad, no podia por mucho tiempo hacer frente á tantos enemigos, pues veíase obligado á dividir sus fuerzas en diferentes cuerpos para la seguridad de sus estados, é imposibilitado de defender el país de Antioquía y condado de Trípoli, por lo cual no seria difícil á Noradino derrotar á un cuerpo despues de otro.

El procurador general Geofredo de Foulcher, despues de exponer al

(1) Manrique, tom. 2, pág. 548.

(2) Hist. de los Francos, tom. 4, pág. 695.



monarca francés la desolacion que habian tenido los fieles con la cautividad de los príncipes orientales, y los últimos triunfos de Noradino, y sobre todo en el principado de Antioquía, se ponía á los piés de Su Majestad para excitarle á compasion, y le decía concluyendo: «Si es abusar de vuestra liberalidad y hacernos importunos, suplicándoos siempre lo mismo, debido es á nuestra infortunada suerte el tener que aplicarse todo lo que resta á los desgraciados en una situacion tan afflictiva como la nuestra, y el implorar la asistencia de aquellos á quienes el cielo ha inspirado la voluntad y dado el poder de socorrernos (1).»

Por estas exhortaciones que Fr. Gaultier no dejó de apoyar, Alejandro III sumo pontífice, que en aquel entonces se hallaba en Francia, procuró hacer todo lo posible para socorro de la Palestina. Al efecto convocó en Reims una asamblea de algunos Obispos, y obtuvo del rey el que se impusiera por espacio de cuatro años sobre el clero y nobleza un vigésimo. A las súplicas del rey de Francia, el de Inglaterra ordenó que por el mismo objeto en sus estados se recaudarian dos dineros por libra, empezando en 1166, y un dinero en los cuatro años siguientes (2).

El cuarto año del Reinado de Amauri (1166) los cruzados queriendo llevar la guerra al Egipto, se reunieron en Nauplus, y se dió la orden de que todos los habitantes sin excepcion pagarian la décima de sus bienes, y que se marcharia contra Siracon, que avanzaba hácia el Cairo. Schaour, viendo á su enemigo cerca de su capital, se apresuró á poner un dique al torrente que le amenazaba, renovando con los cristianos los antiguos tratados, y aumentando el tributo que pagaba todos los años. Amauri se contentó con 400,000 escudos en oro, es decir unos cuatro millones, cuya mitad se pagó inmediatamente, á condicion de que el ejército cristiano no abandonaria el Egipto, hasta que fuera echado de él Siracon. Y como se habia exigido por el rey y caballeros que este nuevo tratado seria ratificado por el califa, se enviaron al Cairo dos embajadores, Hugo de Cesarea y el Procurador general del Temple, los cuales fueron introducidos en el palacio del príncipe, contra la costumbre de los musulmanes, por la que está prohibido á los extranjeros y sobre todo á los cristianos, aproximarse á su persona sagrada.

Entretanto Siracon tuvo el tiempo suficiente para establecerse en una isla del Delta; más el Rey y el ejército allí le atacaron, y tuvo que retirarse. Esta ventaja habiendo facilitado el paso del Nilo, persiguieron al enemigo tres dias consecutivos y alcanzándole al cuarto, se atrevieron á

(1) Id. id.

(2) Pagi, tom. 4, pág. 61°.

atacarle en posiciones demasiado ventajosas, y fueron rechazados con pérdidas considerables. Siracon quedó dueño del campamento de los cristianos con todos sus bagajes. Si hemos de creer á los francos, en esta jornada no perdieron sino 100 hombres y los enemigos 1,500. Sin embargo lo cierto es que la victoria fué del musulman, y los árabes la tienen como una de las más señaladas que hayan conseguido jamás (1).

Mientras que Amauri, los caballeros y Schaour se volvieron al Cairo para reparar sus pérdidas, Siracon se presentó delante de Alejandria, y obligó á que le abriesen sus puertas; pero los cristianos, persuadidos de que no gozaria de ella mucho tiempo, por cuanto los víveres faltarian muy pronto, la bloquearon estrechamente, y al cabo de un mes Siracon, temiendo de un momento á otro ser asaltado, tomó el partido de salir de noche salvando su ejército, y pasó por el lado de los cristianos entregados al sueño. Al aperebirse se le persiguió inútilmente durante algunos dias; túvose un consejo de guerra, y determinóse volver á Alejandria y sitiaria en toda regla. Construyéronse diferentes baterías de máquinas de arrojar, y una grande torre cuadrada móvil, bastante alta, que dominase la muralla. Estando todo dispuesto, empezaron á funcionar las máquinas, y el ataque fué simultáneo en diferentes puntos y los asaltos continuos; mas la guarnicion, aunque no muy numerosa, rechazó los ataques, y derribó muchas veces las máquinas de los sitiadores.

El gobernador de Alejandria (1167) era el sobrino de Siracon, que se llamaba Saladino, en árabe Saha-Aldin, que quiere decir *Santo de la fe*, aventurero y licencioso, y toda su consideracion y crédito lo debia á su tío; sin embargo, muy luego se captó las simpatías de los soldados por su intrepidez y liberalidad, pues abandonando su libertinaje y disolucion, aspiró á grandes empresas, empujado por el deseo de la gloria y fama, y logró ambas cosas, pasando á ser el capitán del siglo. Saladino, pues, defendió largo tiempo á Alejandria con un valor inusitado.

Las salidas eran continuas contra el campamento sitiador, de manera, que al cabo de tres meses Amauri se hallaba como el primer dia del sitio. Sin embargo, los alejandrinos, gente de comercio, importándoles poco estar sujetos á uno ú otro soberano, disgustados de las fatigas del sitio, trataron de echar á Saladino su gobernador, y le obligaron á que avisase á su tío de la situacion en que se hallaba la ciudad. Siracon, que entonces se encontraba en el alto Egipto, se apresuró á socorrer á su sobrino; pero informado durante su marcha de que los cristianos recibian fuerzas por mar, ofreció la paz á estas condiciones: Que se entregaria la plaza de Alejandria, habria canje de prisioneros, se dejaria libre el paso para ir á

(1) Guill. de Tiro, Hist. de Saladino, lib. 1.—Deguignes: Hist. de los Hunos.